

LA CASITA

Mi familia vive en La Casita. Que de chiquita no tiene nada. Lo que pasa es que también es restaurante, con ocho mesas de madera y un montón de sillas tapizadas. Hay un jarrón con flores nuevas en una lujosa mesa de madera bajo un candil, justo en el centro del restaurante. El cuarto entero parece brillar, especialmente de noche, cuando todas las luces están encendidas. Y como el piso está pulido como cristal, mis padres insisten en que caminemos con mucho cuidado por el comedor.

La Casita tiene tres ventanas hacia la calle. Me gusta sentarme en los bancos y ver a la gente que pasa del otro lado de las rejas de hierro. Algunas veces la gente me sonrío o me habla. Una vez, una señora indígena vestida de huipil me dio dos canillas de leche, que compartí con mi hermano Felipe.

Todos dicen que La Casita es el mejor restaurante en la ciudad de Guatemala.

*

Mi cuarto favorito en La Casita es la cocina. Tiene dos refrigeradoras —una fría, la otra muy, muy fría— y muchas ollas cromadas, brillantes, en la estufa de gas.

A lo largo de una de las paredes de la cocina hay un tanque de cristal grande lleno de langostas —criaturas moteadas con largas antenas y muchas verrugas en sus patas peludas—. Todas tienen nombres chistosos como El Cid, Don Quijote, Aníbal, Rey Arturo. Una a una todas las langostas, excepto Gengis Kan, han desaparecido y han sido reemplazadas por otras. Es enorme —papá dice que nunca se deshará de él—.

Cuando Felipe se va a la prepa y mi niñera Consuelo está ocupada, me gusta meterme en la cocina y ver a Augusto, el cocinero. Se pone un delantal blanco grande y trabaja tan rápido en la tabla de picar que sus manos zumban, especialmente cuando rebana zanahorias y tomates.

*

Un día, me dejan solo con Augusto. Mamá me advierte que no me acerque a la estufa porque una vez Felipe trató de prenderla con un fósforo y le explotó en la cara y le quemó las cejas y las pestañas.

Augusto me da un banco. Sabe que me gusta quedarme mirando el tanque de las langostas.

Un poco más tarde entra Otto, el mesero. Se mete en un pequeño clóset cerca de la puerta trasera y se pone una camisa blanca, pantalones negros y una corbata negra delgada. Otto es flaco como un palo.

Augusto está lavando platos en el fregadero. –Davico, ¿te gusta la magia? –me pregunta, secándose las manos en el delantal.

–Creo que sí. ¿Qué es magia?

–Trucos, vos sabés, trucos, como cuando un conejo sale de un sombrero –dice, mostrándome los dos dientes de oro en su boca–. ¿Querés ver uno?

–Claro.

Camina hacia el tanque de las langostas y le guiña el ojo a Otto.

Otto comienza a silbar el himno nacional de Guatemala. Enseguida comienzo a cantar orgullosamente junto con él palabras que ni siquiera entiendo:

*¡Guatemala feliz...! que tus aras
no profane jamás el verdugo;
ni haya esclavos que laman el yugo
ni tiranos que escupan tu faz.*

–¡Mirá esto! –interrumpe de repente Augusto.

Camina hacia mí. Se me acerca tanto que su perfume me da comezón en la nariz. De repente bate sus manos detrás de mi espalda. ¡Tiene una sorpresa para mí!

Augusto es más bajito que mi padre, pero lleva plataformas en sus zapatos. Sus brazos son gruesos como los de un pescador. Ahorita se ve muy, muy alto. Me fijo en los granos rojos de su cara. Algunos se están volviendo blancos. Se pone grasa en el pelo, que hace que le brille y lo mantiene en su sitio.

De repente siento que algo me está pellizcando el trasero del pantalón. Antes de que pueda voltear, Augusto grita: –¡Tarán!